SHADDAI ISKANDAR

EL ZETHAR VARION

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA EXISTENCIA Y EL DESPERTAR ESPIRITUAL

Copyright (c) 2025 - Pablo Rafael Alexandre Etcheverrito y sus herederos.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, transmitida, almacenada o utilizada de cualquier forma, en cualquier medio, sin el permiso expreso por escrito del titular de los derechos, excepto en los casos permitidos por la ley.

ISBN: 979-8306523927 (Amazon: Tapa dura en español)
ISBN: 979-8306183527 (Amazon: Tapa blanda en español)
Autor: Pablo Alexandre (Shaddai Iskandar)
Editor: Pablo Alexandre
Primera edición: 2025
Diseño de la portada: Pablo Alexandre
Tipografía: Pablo Alexandre
Idioma Original: Español

Aviso de exención de responsabilidad:
Los personajes y los eventos de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

1

El Principio que No Tiene Nombre

Sobre el fundamento, el principio, la creación, el origen, la trascendencia, el misterio, la esencia de la vida.

En el confín del pensamiento humano, donde todo parece estar en su lugar y todo tiene un propósito, hay algo que no puede ser nombrado, algo que no se puede comprender con los sentidos ni con la mente. Es un aliento eterno que, aunque invisible, es el fundamento mismo de lo que somos. Este principio, indescifrable y abstracto, yace bajo la superficie de nuestra experiencia diaria, como una corriente subterránea que da forma a todo lo que percibimos y al mismo tiempo, se esconde detrás de ello, imposible de captar. La realidad que tocamos y que creemos conocer no es más que una manifestación efímera de algo que nunca se puede reducir a palabras ni atar a las leyes del tiempo.

Este principio que no tiene principio, este pulso lejano que da origen a todas las cosas, permanece ajeno a nuestras limitaciones. Su presencia es como el silencio antes de la tormenta, como la oscuridad que precede al amanecer; no puede ser alcanzado por el ojo ni por el oído, pero se sabe en lo más profundo, en el ser mismo. Es la esencia que fluye y se transforma, siempre incognoscible, y sin embargo, siempre allí, en la base de nuestra existencia. Cada rincón del universo parece resonar con su presencia, pero nunca le veremos, ni le tocaremos. Todo lo que existe es un reflejo de algo

mucho más grande, mucho más vasto, y en su plenitud, todo se disuelve en un ciclo sin fin.

Este principio se muestra como una paradoja. Está antes del comienzo, se extiende más allá del fin, y en el juego de la existencia se revela en cada forma, en cada pensamiento que surge. La realidad que creemos ser es solo una fractura de algo más grande, algo que se despliega sin cesar en una danza eterna. Pero no se trata de capturar, poseer ni controlar este misterio. Al contrario, la verdadera sabiduría se encuentra en la rendición, en dejar que este principio se despliegue sin resistirnos, en reconocer que somos tanto parte de él como testigos de su infinita expansión.

Al intentar abarcar lo inabarcable con nuestra mente, nos perdemos en el laberinto del lenguaje, en la trampa de las palabras que pretenden explicar lo que no puede ser explicado. Cada concepto, cada definición, limita lo ilimitado, apresa lo libre. Pero en el espacio entre los pensamientos, en el vacío que sigue al último suspiro, se encuentra la clave, el eco que nos recuerda nuestra propia esencia. Solo en ese espacio profundo, en ese silencio, podemos sentir la vibración de la verdad. Y esa vibración no es algo que se pueda comprender en términos de lógica, porque está más allá de todo lo que nuestra mente pueda procesar. Se encuentra en el latido mismo del corazón, en la respiración que no necesitamos controlar.

Este misterio, que todo lo atraviesa sin ser tocado, se revela sin revelarse. Y nosotros, mientras buscamos respuestas a nuestras preguntas más profundas, descubrimos que las respuestas no son más que sombras que se desvanecen tan pronto como las alcanzamos. No hay un final definitivo, no hay un lugar al que llegar. El viaje mismo, la búsqueda incesante, es lo que da sentido a nuestra existencia. Estamos aquí no para encontrar una verdad inmutable, sino para abrirnos al misterio, para abrazar lo que no podemos comprender. Porque en la duda, en la incertidumbre, en el misterio, reside

la más pura forma de conocimiento: el conocimiento de que no sabemos nada.

Y sin embargo, en este no saber, encontramos todo. En nuestra aceptación de la ignorancia, se despliega ante nosotros una comprensión que va más allá de las palabras. Cada paso que damos en el camino es una revelación. Y aunque nunca lleguemos a entender por completo la esencia que nos da vida, es precisamente en ese comprender que no comprendemos, en ese rendirse a lo desconocido, donde reside la verdadera sabiduría. La sabiduría no está en acumular, no está en retener, está en soltar, en permitir que el flujo de la vida nos transforme, sin resistencia, sin juicio.

El conocimiento que buscamos es solo un eco lejano, un reflejo de algo más grande. Cada respuesta nos abre nuevas preguntas, cada certeza nos conduce hacia un nuevo abismo. Y este abismo, lejos de ser un lugar de desesperación, es un espacio sagrado, porque es en la incertidumbre donde todo se reinventa, donde cada forma se disuelve para dar paso a algo nuevo. La verdadera transformación no ocurre cuando llegamos a una meta, sino cuando nos sumergimos en el misterio con una mente abierta y un corazón dispuesto.

Por lo tanto, no busquemos respuestas que nos anclen a una forma, no intentemos entender lo inefable con los ojos de la mente. Dejemos que el misterio se despliegue ante nosotros, con todas sus contradicciones y paradojas, porque es en la aceptación de lo desconocido donde se encuentra la esencia misma de la vida. Y así, caminamos sin rumbo fijo, con los ojos fijos en el infinito, sabiendo que el viaje en sí es la respuesta, y que el mayor misterio no es lo que encontramos, sino lo que siempre permanecerá más allá de nuestro alcance, invitándonos a seguir buscando, siempre buscando, en la danza eterna del ser.

2

El Misterio de la Dualidad

Sobre el ser, la nada, los opuestos, la creación, la disolución, el equilibrio, la eternidad.

Cada impulso de la existencia es simultáneamente su contrario. Es en la oscilación entre la presencia y la ausencia donde la vida se revela. ¿Cómo podríamos conocer la ligereza si no fuera por la pesadez? ¿Cómo la rectitud si no existiera la curva? Las fronteras del ser se disuelven en esta danza continua. En la interacción de las polaridades, todo encuentra su significado. Los valores, las experiencias, las emociones no existen en sí mismas, sino en su relación mutua.

Parece que vivimos en un mundo de certezas; lo bueno, lo malo, lo bello, lo feo. Pero, ¿qué son estos conceptos sino construcciones que surgen al contrastarlos? Como un río que no sabe de sí mismo hasta que se encuentra con las rocas, los conceptos solo existen cuando se enfrentan entre sí. No hay tal cosa como la bondad sin su maldad subyacente, ni la belleza sin la fealdad que la define. Las oposiciones no son enemigas, sino compañeras, inseparables en su naturaleza. La bondad es buena solo porque existe su contraposición, y la belleza resplandece en su relación con lo que la opaca.

Los sabios, aquellos que recorren el mundo sin ser absorbidos por sus fracasos ni sus logros, entienden que la existencia no puede reducirse a dicotomías simples. El sabio no busca el reconocimiento ni la propiedad; su

existencia fluye sin necesidad de ser visible, como el río que sigue su curso sin buscar ser visto, sin exigir que su paso sea anotado. La creación no es una acción que exige recompensa; la verdadera creación es como el viento que mueve las hojas sin dejar rastro. Lo hecho, lo realizado, lo expresado, queda atrás, olvidado, pues no está destinado a ser atesorado ni perpetuado. Su presencia está en su efímera huella, que se borra al instante en que el siguiente paso es dado.

Quizás, todo en la vida se puede entender como un interminable ciclo de flujo y reflujo, de crecimiento y caída, de ascenso y descenso. La vida no es un camino que deba ser trazado, ni una tarea que deba completarse. Es un movimiento, una vibración infinita, que no depende de la dirección sino de la relación entre los movimientos opuestos. Como el vuelo de un pájaro que se eleva y desciende con la misma naturalidad, el ser no reclama su existencia, sino que la habita sin forzarla, reconociendo que todo lo que sube debe descender, y todo lo que se genera debe desaparecer. Y sin embargo, cada ciclo se repite, no en busca de algo, sino simplemente porque es su naturaleza.

La perfección no se encuentra en la ausencia de contradicción, sino en la plena aceptación de su inevitabilidad. En el gran tejido de la existencia, todo tiene su lugar y su momento, nada es excluido, nada es en vano. ¿Qué sería la vida sin la muerte que la acompaña? ¿Qué sería la luz sin la oscuridad que la sostiene? Las antítesis no son opuestas, sino complementos, elementos que se nutren mutuamente en un abrazo eterno.

Si el sabio vive con esta comprensión, es porque ha aprendido que el arte de existir no es acumular o rechazar, sino saber moverse en medio de las fuerzas que nos atraviesan. La armonía no está en la eliminación de los opuestos, sino en la aceptación de ellos. El equilibrio no es estático, sino

fluido, como el agua que sigue su curso sin resistir los obstáculos que encuentra. Cada desafío es una oportunidad para aprender la lección del fluir, para no aferrarse a lo que nos limita ni rechazar lo que nos transforma.

La sabiduría, en su forma más pura, es ese estado de conciencia que no se adhiere a las formas, que no busca control, ni se aferra a ninguna categoría. Es el silencio que se escucha detrás de cada palabra, el espacio entre los pensamientos, la quietud que sostiene el viento. En este estado, el ser se convierte en la experiencia misma, y no en la lucha por ser algo más.

Los sabios no enseñan con palabras, porque saben que lo más profundo de la verdad no puede ser verbalizado. La enseñanza no reside en la imposición, sino en el testimonio de lo vivido, en el reflejo silencioso de la verdad. Es como una llama que arde sin consumir su propia esencia, iluminando sin pedir nada a cambio. En la paradoja de este vacío lleno, el sabio se convierte en una presencia que enseña sin esfuerzo, porque al aceptar lo que es, se convierte en el maestro natural de la existencia.

Cada vida, cada gesto, cada palabra tiene su origen en esta comprensión. Y como las olas que vienen y van, todo en la existencia tiene su ciclo: sube, cae, y al final se disuelve en el misterio. Sin necesidad de reclamar, sin esperar aplausos, el trabajo se completa y se olvida. Y en esa desaparición, en ese olvido, se revela la verdadera permanencia.

3

El Poder Silencioso de la Sabiduría Interior

Sobre la serenidad, el equilibrio, la humildad, el conocimiento, la sabiduría, la armonía, el control.

En un mundo que busca incesantemente lo visible, el resplandor de lo externo y la acumulación de lo efímero, existe una quietud profunda que, si la comprendemos, nos lleva a una existencia más simple, más plena. Esta no es una búsqueda hacia el exterior, sino una travesía hacia adentro, un regreso al origen de lo que realmente somos. En el vasto teatro del universo, nuestras acciones parecen tener un propósito concreto, pero a menudo lo que más necesitamos es abandonar la necesidad de forzar los eventos, de apresurarnos en construir una realidad que, en su momento, se revelará por sí misma.

El arte de gobernar no radica en imponer el orden desde arriba, sino en permitir que todo fluya con naturalidad, sin fricciones innecesarias. Cuanto más intentamos controlar lo incontrolable, más nos alejamos de la armonía universal. La verdadera habilidad está en guiar con sabiduría, en actuar desde la quietud interna, no desde el frenesí del deseo. Cuando un líder se aleja de la ostentación, cuando su corazón está libre de ansias y su mente serena, lo que lo rodea se transforma. La verdadera fuerza está en la paciencia, en la capacidad de dejar que las cosas sigan su curso sin interrupciones.

La acumulación material, tan valorada por muchos, es un reflejo de un vacío interno. Si no aspiramos a más riquezas que las que la naturaleza nos ofrece, si no nos vemos atraídos por el brillo fugaz de los tesoros materiales, entonces no hay espacio para el robo, la envidia o la desesperación. Así, la paz y la seguridad se cultivan en un terreno fértil, donde las pasiones humanas no pueden echar raíces. Solo cuando nos alejamos de lo que nos ata, podemos encontrar lo que realmente necesitamos: libertad, satisfacción, y una conexión profunda con lo que nos rodea.

Es el deseo, ese constante anhelo que alimenta nuestra inquietud, lo que siembra el caos en el corazón. Al despertar estos deseos, nos alejamos de la pureza y nos sumimos en una danza eterna de insatisfacción. Pero si nuestros ojos están llenos de la visión de lo esencial, si nuestro corazón late al ritmo de lo profundo y lo simple, entonces nada puede perturbarnos. El deseo se disuelve en la aceptación de lo que ya es. Este es el camino hacia la tranquilidad: renunciar a la constante búsqueda de lo que no se tiene, y aceptar lo que se es.

La sabiduría no se trata de acumular conocimiento, sino de vaciarse, de liberarse de las capas de la superficialidad. Solo al despojarnos de lo innecesario, al dejar ir lo que no nos sirve, podemos conectar con la esencia misma de la vida. La verdadera sabiduría es una quietud profunda que permite ver lo que no es visible a simple vista, un entendimiento que no se alcanza con la mente, sino con el corazón. El líder sabio es aquel que sabe cuándo no hacer nada, quién entiende que el acto de gobernar no es más que el arte de no interferir en el fluir natural de las cosas. Dejar ser, permitir que los seres humanos crezcan y encuentren su propio camino, sin imponerles una dirección, es el verdadero poder. Es en la ausencia de imposición donde se encuentra la mayor fortaleza.

Cuando un pueblo está en paz consigo mismo, cuando no hay apetito por lo ajeno, cuando el hambre que consume no es más que la necesidad de lo simple, entonces no hay perturbación. No hay lugar para la lucha, para la confusión, para el error. Los intelectuales, con todo su saber, no pueden perturbarlo, pues el conocimiento se convierte en una carga inútil cuando se aleja del alma. Solo lo que alimenta el espíritu, lo que nos conecta con la verdad interna, es lo que nos sirve. Y es en esa conexión cuando el sabio se convierte en el líder natural, aquel que no necesita demostrar nada, que no tiene que afirmar su poder, pues en su ser radica la paz.

Así, la mejor manera de gobernar no es a través de la violencia ni la imposición, sino por medio de la comprensión profunda del ser humano. Cuando no hay interferencia en las naturalezas de las personas, cuando no se les subyuga ni se les somete a deseos externos, la armonía se alcanza por sí sola. Es entonces cuando el orden se restablece, no desde una orden rígida, sino desde la espontaneidad de la vida misma. La verdadera grandeza de quien gobierna radica en su capacidad para dejar a otros ser, para guiarlos con suavidad y comprensión, sin esperar recompensas ni reconocimiento. Porque el mayor tesoro es el que no se puede ver, el que está oculto en el corazón de cada ser.

Al final, el sabio se da cuenta de que la única victoria es la paz interior, y que, al alcanzar esa paz, todos los demás aspectos de la vida se resuelven por sí mismos. El caos se disuelve, y el orden se establece de forma natural. La vida es un río que fluye, y solo cuando dejamos que este río siga su curso, sin interferir, alcanzamos el verdadero equilibrio. No es cuestión de actuar, sino de ser, de estar presente sin imponer, de ofrecer espacio para que todo se desarrolle sin prisas, sin expectativas, sin deseos. En esa quietud, encontramos todo lo que necesitamos.

4

Un Viaje Hacia el Misterio de la Existencia

Sobre el presente, la felicidad, la acción, el tiempo,
el ser, la transformación, la verdad.

Cada momento, a su manera, nos invita a disolver la niebla que cubre nuestra percepción, a descubrir el milagro que subyace en lo cotidiano. En cada suspiro que damos, se esconde una verdad que se nos escapa si buscamos fuera de nosotros lo que está siempre a la mano. A menudo olvidamos que la profundidad del ser no está en el esfuerzo por alcanzar lo imposible, sino en la capacidad de mirar lo que está frente a nosotros, en la magia de lo que se encuentra aquí y ahora. Vivir es un acto de plena atención, un despertar que ocurre en el instante que nos despojamos de nuestras expectativas, de los ecos de un pasado distante o de los temores que proyectamos hacia un futuro que nunca llega.

La búsqueda de la felicidad, ese anhelo que nos parece tan elusivo, nos ha llevado a caminos vacíos, pues la verdadera paz no se encuentra en el deseo insaciable de lograr, sino en la aceptación de lo que es. Es al liberarnos de la necesidad de controlar el fluir del tiempo y las circunstancias que descubrimos que lo único que realmente poseemos es este instante fugaz, y en él, todo se transforma. Cada respiración, cada mirada que compartimos, se convierte en un portal hacia el misterio de nuestra existencia, donde todo tiene un sentido que solo puede comprenderse cuando nos entregamos a lo que es, sin resistencia, sin aferrarnos al pasado ni anticiparnos al futuro.

La acción, en su forma más pura, no se mide por la rapidez con que actuamos ni por la fuerza con la que tratamos de imponer nuestra voluntad al mundo. La verdadera acción surge del profundo silencio interno, de la conexión que sentimos con el aquí y el ahora. Cuando actuamos desde este espacio, cada paso que damos reverbera en el universo, moviendo las fibras de nuestra esencia, sin que busquemos un resultado. No se trata de cumplir un propósito externo, sino de ser una manifestación viva de lo que somos. En la acción, como en la danza de las estaciones, todo tiene un ritmo, un ciclo, una armonía que se revela solo cuando dejamos de luchar contra la corriente.

Es un misterio fascinante cómo hemos sido educados para anhelar la permanencia en un mundo que cambia constantemente. Lo efímero, lo fugaz, lo transitorio, tienen en sí una belleza que no está presente en lo que persiste, lo que se mantiene. Cada momento, aunque se desvanezca tan rápidamente como la brisa, es una oportunidad única para presenciar la grandeza de la vida. La flor no es más hermosa por su permanencia, sino por su capacidad de florecer en su momento, de desvanecerse en su plenitud, para dar paso a lo nuevo. Es al aceptar este flujo interminable, al darnos cuenta de que todo se mueve, se forma y se disuelve, que comenzamos a ver la vida en su verdadero esplendor.

Lo que llamamos "verdad" no es una construcción fija, ni una fórmula universal. La verdad es una vibración que se ajusta y se redefine con cada respiración. Lo que ayer nos pareció una certeza absoluta puede desmoronarse en el abrazo de una nueva percepción. En la constante transformación de las experiencias y de los momentos, descubrimos que no necesitamos respuestas definitivas, sino una apertura a lo que aún no hemos comprendido, una disposición a permitir que el misterio se despliegue ante nosotros. No somos las ideas que abrazamos ni los roles

que interpretamos. Somos la fuerza que fluye a través de nosotros, creando, transformando, expandiéndonos con cada instante.

La vida está hecha de pequeños detalles, de esos momentos fugaces que a menudo no les prestamos atención. No son los grandes eventos los que nos transforman, sino esos gestos sencillos, esos instantes de pura presencia que se escurren entre los dedos del tiempo. La magnitud no reside en lo que ocurre a gran escala, sino en la capacidad de ver lo extraordinario en lo ordinario, en lo cercano, en lo que es. La grandeza está en cada paso que damos, en cada pensamiento que surge, en cada acto que realizamos desde el ser profundo.

Al final, la felicidad no es algo que se alcanza como un premio en el futuro. No es una meta que se logra, sino una vibración que experimentamos cuando estamos completamente inmersos en el presente. En este preciso momento, sin aferrarnos a lo que fue ni anticiparnos a lo que será, la vida se muestra en su forma más pura. Es en este estado de entrega total, cuando abandonamos el control y aceptamos la fluidez del instante, cuando el alma se despierta a su verdadero poder. No necesitamos nada más allá de lo que ya somos, pues en la esencia del ahora está el misterio que lo contiene todo.

El presente no es un mero punto en la línea del tiempo, sino un vasto campo lleno de posibilidades infinitas. Al soltar nuestras expectativas, al liberarnos de las cargas del pasado y las proyecciones hacia el futuro, nos abrimos a un espacio donde todo es posible. Nos damos cuenta de que la vida no es algo que se controla, sino que es un flujo, un movimiento constante. Al aceptar lo que es sin resistirnos, encontramos la paz. La paz no es la ausencia de conflicto, sino la capacidad de danzar con el conflicto, de abrazarlo sin temor, reconociendo que todo forma parte de un mismo ciclo eterno.

Somos viajeros en esta existencia, y cada paso que damos nos lleva más cerca de una comprensión que nunca será completa, pero que, de alguna forma, siempre nos llevará hacia más luz. Este viaje es nuestra única posesión, nuestra única verdad. Y en esa aceptación, en ese fluir sin miedo, encontramos lo que hemos estado buscando. No hay respuestas definitivas ni finales, solo un camino que se despliega ante nosotros mientras nos movemos. Y es en ese movimiento, en esa transformación perpetua, donde encontramos nuestra verdadera identidad.

5

La Búsqueda Infinita del Silencio Interior

Sobre el vacío, la reflexión, la profundidad, la verdad, el conocimiento, el ser, el misterio.

¿Qué es aquello que habita el vasto abismo entre la eternidad y el instante? Un vacío implacable, sí, pero no un vacío de desolación, sino de posibilidades sin fin, una invitación a la transformación constante. Nos perdemos a menudo en el torbellino del mundo, entre lo tangible y lo fugaz, buscando respuestas donde tal vez no haya ninguna. ¿Pero no es la búsqueda en sí misma lo que nos define? Somos aquellos que no descansan, aquellos que sienten el peso de las preguntas mientras el tiempo se desliza entre nuestras manos. Y sin embargo, la verdadera sabiduría reside en el misterio, en ese espacio entre las preguntas, en ese susurro que, aunque no se escuche, está presente en el pulso de la existencia misma.

Somos como ecos en una cueva infinita, resonando con la intensidad de lo que no entendemos. El conocimiento nos arrastra, nos eleva, pero a la vez nos consume, nos despoja de la frescura con la que nacimos. Entre más buscamos, más nos despojamos, más vacíos quedamos. Este conocimiento que nos consume, esta ansia insaciable, no es el camino hacia la liberación, sino hacia la pérdida de aquello que nos hace humanos. Nos transformamos en sombras que buscan luz sin entender que la luz no se encuentra en lo que se ve, sino en lo que se siente, en lo que se es. Mientras más nos aferramos a las formas, más nos alejamos de la esencia.

Miremos al cielo, miremos a la tierra. ¿Acaso ellas se detienen a contemplar su propia grandeza? No. Fluyen, se mueven, se transforman sin necesidad de entender lo que las mueve. En su indiferencia, en su constante devenir, nos enseñan que el propósito no está en buscar respuestas definitivas, sino en aceptar la perpetua transformación, la aceptación de lo incomprensible como una forma de conocimiento superior. No hay compasión en este devenir, pero hay sabiduría en la entrega al flujo, en el abandono de la necesidad de poseer.

Y sin embargo, hay quienes caminan entre nosotros, atrapados en la ilusión de que el conocimiento puede ser un refugio. Se aferran a las formas, a las ideas, a las estructuras, sin comprender que estas son solo sombras de la verdadera naturaleza. Creen que la sabiduría se encuentra en acumular, en dominar, en controlar. Pero la verdadera sabiduría yace en la quietud, en el vacío interior. No es el conocimiento lo que debe ser adquirido, sino la paz, la serenidad de saberse parte de un todo incomprensible. La forma no importa, la esencia sí.

¿Quién, entonces, somos nosotros, los que buscamos, los que dudamos, los que vivimos atrapados entre el cielo y la tierra? Somos aquellos que, sin saberlo, buscamos disolvernos en lo inalcanzable, en lo que nunca podremos entender por completo, pero que nos llama incesantemente. Cada movimiento de la vida nos recuerda que no somos dueños de nada, que lo que poseemos es solo un instante fugaz en la eternidad. Y sin embargo, seguimos buscando. Buscamos respuestas, buscamos significado, buscamos claridad. Pero ¿y si todo eso no es más que un espejismo, una ilusión para mantenernos distraídos de lo único que realmente importa? ¿Y si la verdadera respuesta reside en la aceptación de la duda, en la rendición ante lo que no podemos conocer?

Vivimos en la constante contradicción de saber y no saber, de entender y no entender. Esta dualidad es el puente que nos lleva hacia lo más profundo de nosotros mismos. En la confusión, encontramos la verdad; en la incertidumbre, hallamos el camino. Lo que creíamos ser absoluto se disuelve en el aire, y lo que alguna vez consideramos un vacío se convierte en un océano de posibilidades. El conocimiento nos arrastra, pero la sabiduría nos invita a soltar.

Entonces, ¿de qué sirve saber más si lo que importa es ser más? ¿De qué sirve acumular si la verdadera riqueza está en soltar, en aceptar que no necesitamos nada más que nuestra propia presencia? Mientras más buscamos, más nos alejamos de lo esencial. Y tal vez, al final, el propósito no es encontrar respuestas, sino aprender a vivir con las preguntas, abrazarlas como una danza con el misterio que nunca se revela completamente, pero que nunca deja de guiarnos.

El sabio no busca respuestas definitivas. Se deja llevar por el flujo, se convierte en el espacio que permite que todo fluya, que todo se transforme. Y en esa transformación, se encuentra a sí mismo, no como una forma, sino como una presencia. No hay necesidad de comprenderlo todo. Quizá, al final, la verdadera sabiduría radica en aceptar nuestra propia ignorancia, en comprender que no tenemos que tener todas las respuestas, sino vivir en paz con las preguntas, con la incertidumbre que nos define.

Y en ese acto de aceptación, descubrimos que no hay vacío en el que temer, no hay duda que nos destruya. Somos parte de un todo que se despliega en cada instante, en cada respiración, en cada suspiro. Somos parte del misterio que se disuelve constantemente, que se transforma, que nunca se acaba. Y al aceptar nuestra propia incapacidad para comprenderlo todo, nos fundimos con la verdad que yace más allá del conocimiento, más allá de las palabras, en la quietud del ser.

6

El Misterio del Eterno Femenino

Sobre *la raíz, la energía, la esencia, el origen, la transformación, el misterio, la continuidad.*

En cada latido de la vida, un susurro eterno persiste, invisible pero omnipresente, como la brisa que toca el rostro sin ser vista. Hay una puerta, oculta, que conecta lo que ha sido con lo que será, un umbral sin fin que no pide ser cruzado, pero que ofrece la posibilidad de todo aquel que desee conocer lo inalcanzable. Es la esencia primordial, una raíz que crece en el vacío, la sustancia que une el Cielo con la Tierra, una presencia incognoscible que se disfraza de misterio, pues en ella habita el origen y el final.

Lo que parece ser, simplemente, la materialidad de lo vivido, en realidad es un reflejo distante de algo mucho más profundo, algo que, sin ser conocido en su totalidad, se hace evidente en el reflejo de todo lo que existe. Esa presencia, esa fuerza, no se muestra como una forma rígida o predecible, sino que se desliza entre los pliegues del tiempo, como el agua que no puede apresarse, fluyendo siempre, sin principio ni fin. Quien se atreve a mirar más allá de las sombras encontrará una puerta, y esta puerta no es de madera ni de hierro; es la raíz misma de la existencia, que se extiende sin cesar en todas las direcciones, más allá de los límites visibles.

Cada vida, cada ser que se atreve a caminar por esta tierra, es un eco de esa vibración insondable. Las respuestas que buscamos no son aquellas que

llegan con facilidad, sino aquellas que se entrelazan con las preguntas más profundas, aquellas que nos instan a mirar en lo desconocido y abrazar la incertidumbre como una parte integral de nuestro viaje. La puerta está allí, pero no es algo que podamos ver con los ojos físicos, ni siquiera con el pensamiento racional; solo en la quietud del alma podemos sentir su presencia. Y cuando la cruzamos, no encontramos un fin, sino un comienzo.

La raíz de esta puerta se encuentra en el lugar donde se encuentra la vida y la muerte, lo visible y lo invisible, el comienzo y el final. Un lugar donde la eternidad se despliega como un río ininterrumpido, donde el fluir de la existencia nunca se detiene. Los que han sido tocados por esta corriente comprenden que, en su esencia más pura, todo lo que conocemos y todo lo que somos es un reflejo del misterio. El enigma no es algo que se resuelve, sino algo que se habita, algo que nos acompaña, como una sombra que no se separa de nosotros.

Es este misterio lo que confiere poder al ser, lo que le otorga la capacidad de trascender su forma efímera y tocar lo imperecedero. No hay fuerza que se compare a la que emana de lo inalcanzable, pues en ella está la clave de todo lo que existe. Y es precisamente en el acto de no comprender, en el abandono de la necesidad de respuestas definitivas, donde el ser encuentra su verdadera libertad. Esta libertad no es la ausencia de reglas, sino la aceptación de la naturaleza cambiante de todo lo que es.

El eterno femenino no es una figura estática, sino una corriente viviente que fluye a través del universo. Es el susurro del viento, la vibración de las estrellas, el murmullo del agua que siempre se mueve. Es la fuerza que conecta las partículas más diminutas con el vasto cosmos, tejiendo en su danza infinita creación y destrucción, sin fin. En su presencia, el ser se vuelve eterno, y en su ausencia, todo pierde su sentido. Porque, ¿qué es la vida sin ese misterio? ¿Qué es el amor, la creación, el renacer, sin esa mano

invisible que guía, que toca lo intangible, que da forma a lo que no podemos ver?

Este misterio no se agota; está en todas partes, siempre presente. Como el aire que respiramos, la energía que nos atraviesa, el silencio que envuelve nuestras palabras, nunca se desvanece, nunca se pierde. Y como el agua, se adapta a todo, se transforma constantemente, pero jamás deja de ser la misma esencia. Lo que vemos es solo un reflejo de lo que es, un eco que resuena en cada ser, en cada pensamiento, en cada emoción. La esencia no cambia, pero la forma sí, y en ese constante cambio reside la perfección.

En la raíz de la existencia, donde todo converge y se disuelve, se encuentra esa puerta misteriosa, que no pide ser entendida, pero que otorga un acceso único a la vida misma. Y al entrar en ella, el ser se disuelve, se convierte en lo que es, más allá del tiempo y el espacio. En ese cruce, lo efímero y lo eterno se abrazan, se funden en una unidad que escapa a todo intento de explicación. Y así, la raíz del Cielo y de la Tierra permanece, siempre abierta, siempre disponible, esperando que quien busque el misterio se atreva a entrar, a perderse en él, para finalmente encontrarse a sí mismo.

En el abrazo de esta verdad, no hay respuestas definitivas, sólo un eco constante de lo que está por venir. Y sin embargo, es en este misterio donde reside la verdadera sabiduría, en el reconocimiento de que el conocimiento nunca es completo, que todo es fugaz y mutable, pero que, en medio de todo esto, hay una fuerza que jamás se desvanece. Lo femenino es quien guía ese viaje, el que avanza sin necesidad de ver, sin necesidad de comprender, simplemente siendo.

7

El Misterio de lo Inalcanzable

y la Conexión con Todo

Sobre la transformación, el equilibrio, la trascendencia, la sabiduría, la unidad, la acción, la realización.

En la vastedad del ser, todo surge y todo retorna, como la danza silenciosa de los astros, que inquieren su existencia sin comprender la causa de su movimiento. Nos hallamos en un tiempo sin tiempo, donde las palabras se disuelven en el susurro del viento y las preguntas se desvanecen como la niebla antes del amanecer. ¿Es posible que lo eterno no haya nacido, que la esencia de lo existente sea, en su profundidad, un espacio de completa ausencia? ¿Acaso la naturaleza de la vida misma descansa en la aceptación del fluir, sin aferrarse a los contornos de lo que creemos conocer?

La sabiduría no es un logro ni una posesión; es la quietud del río que no intenta arrastrar nada en su corriente, que se deshace de su ser en el instante en que se presenta la pregunta. No busca marcar el paso, ni afirmar su destino. El sabio, en su sereno caminar, no se adhiere a las respuestas, ni teme a la falta de ellas, porque sabe que cada paso es un regreso al principio, al origen que no necesita ser comprendido, sino vivido.

¿Es entonces la verdadera sabiduría el arte de vivir sin la carga de ser? El equilibrio entre ser y no ser no radica en la lucha por una de esas fuerzas,

sino en la capacidad de habitar ambos mundos, el de la luz y la oscuridad, sin temor ni preferencia. La contradicción se convierte en una danza, donde los opuestos se encuentran en la intersección de su existir, sin que ninguno prevalezca. Esta aparente paradoja no es sino la expresión de un orden superior, invisible a los ojos, que ordena el caos y que, sin embargo, se desvanece cuando tratamos de nombrarlo.

Vivir es, en este sentido, un acto de rendición y liberación al mismo tiempo. No es un esfuerzo por alcanzar lo inalcanzable, sino una aceptación profunda de lo que es. La acción que surge desde la quietud no busca el provecho personal, no busca llenar el vacío de un deseo insatisfecho. La acción de quien ha comprendido su lugar en el vasto universo es una respuesta natural a lo que es, como la flor que se abre sin que nadie le ordene hacerlo, sin que se plantee por qué, simplemente siendo. ¿Acaso no es esa la esencia de la verdadera creación, un acto sin un motivo, una manifestación sin una intención?

Nos encontramos entonces en la paradoja de existir sin ser, de ser parte de todo sin pertenecer a nada. El sabio no se aferra a su ser, no se identifica con su nombre ni con su forma, pues sabe que el yo es solo una ilusión momentánea. Nos lanzamos en este viaje no para retener, sino para soltar, no para controlar, sino para permitir que el curso de la existencia nos transforme y nos haga parte del flujo eterno. ¿Qué sucede cuando nos soltamos del deseo de ser algo, cuando dejamos de luchar por un propósito que no está más allá de lo que ya somos?

La eternidad no es una cualidad que se posee, sino una experiencia que se habita. No se trata de alcanzar la inmortalidad, sino de comprender que lo eterno es lo que ya somos, lo que ya está presente en cada respiro, en cada latido. Este es el misterio al que accedemos cuando dejamos de buscar, cuando dejamos de perseguir aquello que creemos que nos falta. Todo lo

que necesitamos ya está dentro de nosotros, pero, a menudo, estamos tan ocupados buscando afuera que no podemos reconocer lo que somos en realidad.

La clave no está en acumular, sino en soltar. En soltar el pensamiento que nos limita, el deseo que nos consume, la ilusión que nos hace creer que necesitamos ser algo diferente para ser completos. Cuando liberamos el peso de nuestras expectativas y nuestros juicios, cuando soltamos la necesidad de definirnos, comenzamos a fluir con el universo. En esa fluidez, encontramos nuestra verdadera naturaleza, aquella que no puede ser capturada ni medida, aquella que simplemente es, sin razón ni justificación.

Es este entendimiento el que permite que el ser se disuelva en lo inalcanzable, en lo infinito. La unidad no es una meta, sino un estado de conciencia que se revela cuando dejamos de luchar contra la corriente de la vida. Al comprender que todo es uno, que todo está conectado de una manera que trasciende el entendimiento, encontramos paz. No es una paz que dependa de las circunstancias, sino una paz que nace de la aceptación profunda de lo que somos en este momento, de la certeza de que no hay nada que deba ser alterado. El sabio no busca el cambio porque ya sabe que todo cambia, todo fluye y todo regresa a su origen.

Así, en este viaje hacia lo inalcanzable, la pregunta final no es si podemos llegar allí, sino si estamos dispuestos a soltar nuestra necesidad de llegar. Porque, en el momento en que dejamos de aferrarnos, descubrimos que ya estamos allí, ya somos uno con todo. La realización no es algo que se alcanza, sino algo que se recuerda.

Que estas siete esencias que has degustado despierten en tu espíritu la resonancia de un cosmos mayor. Son apenas el vestíbulo de una catedral de ciento veinte arcanos, la trama íntegra de "El Zethar Varion", donde cada joya adicional aguarda para revelar su propia faceta del inmenso diamante del Ser. Para el alma que anhele sumergirse en la corriente completa de esta sabiduría, el mapa hacia la totalidad de este legado se halla donde el saber del mundo encuentra su confluencia y su eco perdurable.

Disponible en Amazon